



Cada día es más dudosa la protección del indio brasileño.

los indios significaría entregarlos desarmados a fuerzas infinitamente más poderosas, que les tomarían, en menor o más largo plazo, sus tierras".

Indigenistas, antropólogos, misioneros y sertanistas opinan, de modo mayoritario, que por detrás del interés en libertar, a corto plazo, a los indígenas del actual régimen tutelar, lo que se busca es una manera legal de dilapidar su patrimonio, permitiendo que sus reservas de tierra sean copadas por las grandes empresas que están haciendo inversiones considerables en la Amazonia.

Hay, en todo caso, voces todavía más radicales, como la de don Thomas Balduino, presidente del Consejo Indigenista Misionero. Para este obispo, uno de los más representativos de la "nueva Iglesia" latinoamericana, lo que pretende el Gobierno militar brasileño es "una fórmula simple de genocidio". En su opinión, compartida por antropólogos y estudiosos del problema, "el indio, sin su tierra, se muere". Don Balduino tiene ejemplos: varias tribus "contactadas" en los últimos años han perdido más de la mitad de sus miembros al perder la tierra que originalmente ocupaban.

Es verdad que, de lo poco que se supo del proyecto oficial, había una cláusula que establecía que "después de la emancipación, las tierras indígenas seguirán siendo patrimonio de la Unión". Pero, en otro párrafo, el mismo documento garantiza, "a los indios que lo prefieran", el derecho de entregar parte de su tierra a la explotación privada, en los moldes convencionales de la economía de mercado.

Vale recordar que, de momento, todo eso está en suspenso. Con el cambio de guardia, el general que actualmente ocupa la Presidencia, Joao Baptista Figueiredo, prefirió lanzarse a una nueva política, diametralmente contraria a la del general Ernesto Geisel, su antecesor. Pero también valdría recordar la postura defendida por algunos ministros del Gobierno de Geisel respecto a los indios.

LOS ULTIMOS INDIOS

ERIC NEPOMUCENO

EN los últimos cinco o seis meses, uno de los temas que fueron más intensamente discutidos en Brasil ha sido el confuso, jamás bien explicado y siempre criticado plan oficial para los indios. Básicamente, lo que se pretendía —el plan del régimen militar quedó congelado en enero— era llegar, en un plazo más o menos breve, a la "emancipación" de la mayoría de los cien mil indígenas brasileños, actualmente amparados, por lo menos oficialmente, por un Estatuto del Indio.

El proyecto de los militares duerme, por ahora, en las mesas del Gobierno. Y, como siempre, se trata de un proyecto cercado de misterios y

silencios: todo lo que se sabe es que el régimen militar pretendía hacer aprobar un documento por el cual los indios se liberarían de la tutela del Estado, al conquistar su definitiva "emancipación" individual, que sería concedida a través de Decretos gubernamentales. Cuando en una determinada comunidad se lograra la mayoría de votos, la "emancipación" sería colectiva. Uno de los artículos más violentamente criticados del proyecto sigiloso ha sido el número 4, que da el derecho de solicitar la "emancipación" de determinadas comunidades a la FUNAI (Fundación Nacional de Asistencia al Indio), el organismo oficial teóricamente encargado de

velar por los intereses y el patrimonio de las comunidades indígenas del Brasil.

Antropólogos y sertanistas —personas sin formación universitaria— han asumido una única posición relacionada al proyecto oficial: rechazo total. Algunos de los más conocidos antropólogos brasileños, como Egon Schaden, Roberto da Matta o Roberto Cardoso de Oliveira, han resumido, en sus palabras, las opiniones de la casi totalidad de sus compañeros: para ellos, "en esa época en que el país enfrenta el último y quizá más fuerte avance de la expansión interna por todo el Centro-Oeste y el Norte, liderado por los grandes grupos empresariales, emancipar a

LOS ULTIMOS INDIOS

Una periodista brasileña, Eliana Lucena, cuenta que, hace apenas cinco años, altos funcionarios del Ministerio del Interior, en la época ocupado por el ministro Rangel Reis, no ocultaban su disposición de transformar a los indios en "los mejores vaqueros del Brasil".

Puede ser que, por un lado, desconfiar de los objetivos y pretensiones del régimen militar brasileño respecto a los indios sea una actitud más que justificada. Pero, por otro, no se puede olvidar, en ningún momento, que como casi todo en América Latina, también el problema de los indios brasileños debe ser encarado bajo, por lo menos, dos vertientes.

Así, antropólogos y sertanistas, mientras se oponen a los planes oficiales, se pelean entre sí, acusándose mutuamente de haber contribuido a debilitar la cultura indígena y, por lo tanto, facilitar su genocidio a manos de las grandes corporaciones interesadas en sus tierras. Y la misma crítica contraria a los proyectos de los militares parece de-

jar a un lado un aspecto primordial de la cuestión: cada vez que, a nivel oficial, se habla de los indios brasileños, la discusión, por una u otra razón, termina siempre restringida a los indígenas mantenidos en las reservas oficiales.

Pero mientras se discute quién ha sido el primero en regalar a los indios de las grandes reservas radio-transistores y esquipes de pesca subacuática, sostenes y faldas a sus mujeres y escopetas de caza y aguardiente a sus hombres, fuera de esos parques-modelo el genocidio no se limita a aspectos primordialmente culturales.

Si en las reservas —sobre todo en la principal de ellas, el Parque Indígena del Xingu— la situación actual de las tribus es trágica, fuera de ellas puede llegar a ser tenebrosa.

Hace poco tiempo, un periodista brasileño de larga trayectoria en cuestiones ligadas a los indios —Edilson Martins, autor de un libro llamado "Nuestros indios, nuestros muertos"— publicó un artículo en el semanario "Isto E" relatando las deplorables

condiciones en que viven las tribus del Parque del Xingu. Según Martins, la más grande parcela de ese pedazo había sido obra del antropólogo Orlando Senna, a lo largo de su gestión como responsable por el parque.

Pocas semanas después, el mismo semanario publicaba la respuesta de Senna, quien argumentaba que todos los problemas señalados por Edilson Martins eran reales, pero no pasaban de parte de la herencia producida por las posturas paternalistas de los hermanos Orlando y Claudio Villas Boas, **sertanistas** legendarios en Brasil. Así, en menos de dos meses, saltó a la opinión pública la serie de divergencias existentes entre antropólogos de formación universitaria, volcados para la cuestión indigenista, y los **sertanistas**, generalmente personas de formación secundaria, pero con enorme experiencia en el trato con los indios.

Sean cuales sean los orígenes de la situación de abandono en que están las tribus concentradas en las distintas reservas —los parques-modelo del régimen—, nadie

niega que, al fin y al cabo, es más positiva que la de las tribus aisladas. Cálculase, de acuerdo con las cifras oficiales, que existan actualmente en Brasil unos 100.000 indios (en el año 1500, cuando el navegador portugués Pedro Alvarez Cabral llegó a Brasil, existirían, según historiadores y antropólogos, unos tres millones y medio de indios). En 1961, el entonces Presidente Janio Quadros creó la principal reserva indígena del país, el Parque del Xingu. Y desde entonces, las tierras ocupadas por las diferentes tribus, distribuidas sobre todo en la región amazónica y en el Estado de Mato Grosso, han contado con la supuesta protección gubernamental.

A partir del 1964, cuando se instaló el régimen militar en Brasil, esa protección se ha tornado cada día más dudosa.

En el núcleo de la cuestión están las tierras, tanto las ocupadas por los indios a través de los tiempos, cuanto las que componen las reservas oficiales. Algunas tribus, como la de los **xavantes**, han sido, a lo largo de los años, empujadas y diezmadas por

La población india del Brasil, que en el siglo XVI ascendía a tres millones y medio, es hoy de unos cien mil.





los colonizadores hasta caer dentro de los límites de las reservas oficiales. Muchísimas otras, mientras tanto, quedaron aisladas. Si la política oficial, en última instancia, tiene por objetivo "aclimatar" poco a poco los indios al mundo de los blancos para entonces utilizar sus tierras y mantener unos cuantos supervivientes como raras piezas de un museo vivo, los que no lograron llegar a las reservas tienen una muerte todavía más trágica.

Muchos indios se quedaron aislados por los colonizadores fascinados por sus tierras. Y, poco a poco, ya no tienen más hacia donde huir. Es impresionante la tranquilidad y la impunidad con que actúan los colonizadores. Muchas tribus tienen reservas oficialmente reconocidas por el Gobierno militar brasileño, pero ese reconocimiento no les salva para nada de las acciones violentas de los colonizadores.

Un buen ejemplo de esa presión es la sufrida por los

poco más de doscientos indios **bororós**, la misma tribu que, hace unos decenios, tanto impresionó al antropólogo Claude Lévi-Strauss. Según testimonios de periodistas y estudiosos que visitaron la reserva de los **bororós** en los últimos quince meses, su situación es desoladora. Ni el más optimista dudaría en afirmar que dentro de muy pocos años no habrá ningún **bororó** para contar la historia, y que sus tierras, que cubren unas 80.000 hectáreas en el Estado de Mato Grosso, estarán todas compartidas entre las grandes corporaciones multinacionales interesadas en invertir en la Amazonía.

La Iglesia católica, históricamente responsable de la casi totalidad de las barbaries realizadas en contra de los indios brasileños a lo largo de los últimos siglos, trata, desde mediados de la década de los 60, de tener por fin una misión verdaderamente redentora junto a los supervivientes, defendiendo sus tierras y lo que resta de su cultura ori-

ginal. Ante el silencio y la indiferencia de las autoridades, en todo caso, su esfuerzo resulta vano.

Las denuncias se acumulan dentro y, sobre todo, fuera de Brasil. Los grupos formados por laicos y religiosos integrados en las corrientes más progresistas de la Iglesia católica brasileña, intentan salvar lo que sea posible, pero, poco a poco, se van dando cuenta de que ese posible es cada vez más trágico y limitado.

Hace un año se publicó, en diversos periódicos de Europa, un trabajo escrito por el británico Brian Moynahan, ilustrado por fotos firmadas por lord Snowdon. El largo artículo de Moynahan trae algunas denuncias bastante drásticas de la situación de las tribus de la región Amazónica. Esas denuncias, aun sin ser una sorpresa completa, han tenido bastante repercusión en Brasil. Semanas después de que el artículo fuese publicado en el influyente matutino "Jornal do Brasil",

de Río de Janeiro, todavía se acumulaban en la Redacción indignadas cartas de lectores.

Moynahan decía, por ejemplo, que entre 1975 y 1978 los **arara**, una pequeña tribu, habían sido reducidos de 152 a 34 indios. El exterminio habría sido motivado por los dulces envenenados que los **arara** habían recibido, como regalo, de los cazadores de pieles.

Pero si es verdad que la situación de los **arara** era desconocida, la de los **krenñakaros** había sido bastante divulgada: contactados por primera vez por los blancos en 1972, los **krenñakaros** pasaron de 190 a menos de 65. Y esos supervivientes están, hoy día, hambrientos, subnutridos, asediados por el sarampión. Entre las dos tribus, una diferencia fundamental: mientras los **arara** tienen una pequeña reserva, los **krenñakaros** viven bajo estricta protección oficial, como una especie de tribu-modelo. Como se ve, una diferencia nada más que teórica: en la práctica, el genocidio es igual.

Cada día los indios en Brasil se ven más y más metidos en una paradoja: no serán blancos jamás, pero son cada vez menos indígenas. Debilitados, con sus culturas totalmente distorsionadas, se transformaron en presa fácil para las corporaciones y los terratenientes interesados en sus valiosas tierras. Las cuentas son claras: los poco más de 500 indios de la tribu de los **paracis** tienen más de 500.000 hectáreas de tierra. Bajo el silencio y la omisión del Gobierno, ¿cómo evitar que en pocos años esa tierra pase de los indios a los blancos? El ex gobernador de Roraima, el general Fernando Pereira, ha sido claro en varias ocasiones. Según él, no hay ningún motivo para que un área tan rica como la Amazonia "permita el lujo de conservar a media docena de tribus indias, que están deteniendo el progreso del Brasil".

Hace algunos años, el **sertanista** Orlando Villas Boas dijo que si la integración de los indios en el mundo de los blancos era inevitable, que por lo menos se hiciese ese proceso de la manera menos dolorosa. Hoy día es posible que el veterano **sertanista** se haya dado cuenta de que, sin querer, predijo el exterminio silencioso de los últimos indios del Brasil. ■ E. U.